

confían la juventud en manos de los jesuitas para que formen ciudadanos y hombres. La primera condicion para ser hombre ¿no es pensar con libertad? ¡Y se deja á los frailes el cuidado de desarrollar la razon, cuando se sabe que su propósito es ponerle trabas, matarla, en cuanto puede el hombre destruir la obra de Dios! ¿No es esto llevar la inconsecuencia hasta la locura, hasta el crimen? Porque crimen es: no conocemos otro mayor que el que da por resultado la destruccion de una inteligencia libre.

Ya sabemos lo que engaña á los padres; es necesaria una religion, dicen, porque la religion es la base de la moral y el fundamento de la civilizacion. Estamos muy distantes de poner en duda la importancia de las ideas religiosas: falta saber cuál es la religion que se enseña en las escuelas de los jesuitas, y qué influencia ejerce. No está de más el oír sobre este punto á los libres pensadores; no han visto, es verdad, más que una fase de la cosas, pero ésta precisamente es la que importa dar á conocer bien. Cuando una religion está fundada en imposturas y en delirios, ¿qué bien puede producir? No puede hacer más que extraviar las imaginaciones, fomentar la sinrazon. Nunca puede de la mentira resultar un bien real. Luego tenía muchísima razon el ilustre Bacon cuando decia que *de todos los errores, el más peligroso es el error divinizado*. Para hacer razonables á los hombres no es necesario engañarlos, no es necesario obligarles á renunciar á la razon: se les debe enseñar la verdad, se les debe dar una educacion que los habitúe á vivir de una manera conforme á la naturaleza. El medio más seguro de extraviar á los hombres y de hacerlos malos es hacerlos estúpidos, es ocultarles ó disfrazarles la verdad, prohibirles el uso de la razon. « Cuando se los ha embrutecido de esta manera, es posible ordenarles hasta el crimen en nombre del cielo » (1).

Hay otra preocupacion que sostiene á la religion tradicional. Los mismos que están convencidos de los males que causa á los hombres, no dejan de mirarla como un mal necesario que sería peligroso tratar de desarraigar. El hombre, dicen, es supersticioso; necesita quimeras; se irrita cuando se quiere quitárselas. Pero

(1) *Historia de la supersticion*, t. I, p. 8 y 19.

¿por qué es supersticioso el hombre? Porque, responde d'Holbach, se le mece en supersticiones desde que nace, porque se le alimenta con superticiones en su infancia y en su juventud. Désele por alimento la verdad, y dejará de ser supersticioso (1). Nada más cierto. Como incrédulo, d'Holbach no podia apelar al gobierno de la Providencia, pero los que creen en Dios ¿han pensado alguna vez cuán impío es decir que el mundo está condenado para siempre al imperio del error y de la impostura? En verdad ¡preferimos el ateísmo del siglo XVIII á tan degradante creencia! Los ateos, á despecho de los errores de su inteligencia, tenían un corazón que palpitaba por los grandes intereses de la humanidad; tenían la verdadera fe, porque luchaban por la verdad.

## V.

Se acusa á los incrédulos de un odio ciego hácia el cristianismo. La censura es injusta; lo más que pudiera decirse es que se han equivocado. Y tampoco es absoluto su error, como suele decirse sin tomarse el trabajo de leer sus escritos. Se los condena sin más que porque atacan á la religion cristiana. Sin embargo, d'Holbach, el más determinado de los ateos, dice: « Si la religion fortificase los deberes que la moral impone á los hombres, por más incomprensibles que pudiesen parecer sus dogmas, no se la debería rechazar. Seria un frenesí el querer atacarla, si contribuía realmente á hacer mejores á los hombres; el tratar de destruirla, sería conspirar contra la sociedad » (2). Hé aquí una declaracion que deja á salvo el honor de los incrédulos, porque demuestra su buena fe. ¿Por qué, pues, atacan al cristianismo? Porque, responde d'Holbach, no deben guardarse consideraciones con un sistema de errores y de preocupaciones, cuyos principios primitivos son prohibir el uso de la razon y cerrar los ojos á la verdad, engañar á los hombres sin hacerlos más virtuosos. La conviccion profunda de los incrédulos es que el cristianismo no ha tenido influencia algu-

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 233.

(2) *Historia de la supersticion*, t. II, p. 49.

na en el mejoramiento moral de los hombres. Si, cerrando los ojos á todo lo que pasa en el mundo, se quisiese creer á los partidarios de la religion cristiana, se creeria que la venida de su divino Salvador ha producido la revolucion más maravillosa y la reforma más completa en las costumbres de las naciones: «El Mesías, dice Pascal, debia por sí sólo producir un gran pueblo elegido, santo y escogido.» D'Holbach pregunta donde está ese pueblo de santos; no lo ve en la tierra en ninguna parte. Por poco que se examinen las costumbres de las naciones cristianas, habrá que confesar que Jesucristo, su Dios, ha predicado en vano. «La moral de ese doctor divino, que sus discípulos admiran tanto y practican tan poco, apénas es observada durante todo un siglo por media docena de santos, que serán los únicos que tengan entrada en la córte celestial» (1).

Se pretende que el cristianismo ha regenerado el mundo antiguo. Jamas ha habido preocupacion histórica más contraria á la verdad. Cuando la religion cristiana llegó á dominar en tiempos de Constantino, ¿infundió á los Romanos sus antiguas virtudes? ¿Vieronse Decios sacrificándose por la patria, ó Fabricios prefiriendo siete acres de tierra á las riquezas del imperio? Constantinopla, responde Helvecio, llegó á ser la cloaca de todos los vicios, en el momento mismo en que se estableció en ella el cristianismo. Su culto no cambió las costumbres de los soberanos. Su piedad no los hizo mejores. ¿Dónde están los príncipes cristianos que puedan compararse con Tito, Trajano ó Antonino? Hay otras religiones distintas del cristianismo. Se dice que Jesucristo ha venido á libertar á los hombres del poder del demonio. Preciso es, pues, como pretende Pascal, que las naciones cristianas sean naciones elegidas, santas, en comparacion de las demas. Pues bien, ¿qué signo distingue al cristiano del judío, del musulman? «¿Acaso una equidad, una humanidad, una beneficencia peculiar de aquél, y no conocida de éstos? Si se los distingue, es por la diversidad de su fe, no seguramente por sus virtudes» (2). Es hasta imposible que el cristianismo tradicional tenga la influencia moral que

(1) *El Buen Sentido*, § 164, p. 235.

(2) HELVETIUS, *Del Hombre*, sec. VII, c. I.

muy gratuitamente se le supone. ¿Qué es tener buenas costumbres en el lenguaje de los cristianos? pregunta d'Holbach. Hacer oracion, frecuentar los templos, hacer penitencia, vivir en el recogimiento y en el retiro. ¿Qué bien resulta para la sociedad de esas prácticas que se pueden observar sin tener virtud alguna? Si costumbres de esta especie sirven para llegar al cielo, preciso es convenir en que son muy inútiles en la tierra (1).

El cristianismo, ensalzado por haber regenerado el mundo, ha introducido en el mundo, en lugar de virtudes nuevas, un crimen más, la intolerancia, fuente de nuevos vicios: «La razon se pasma y enmudece al recorrer los anales de esos hombres venerados que, cubiertos con la égida de la Divinidad, han atormentado, perseguido, exterminado á los habitantes de la tierra durante millares de años.» Se llaman ministros de una religion de paz, y esa religion ha dado origen á manchas y atrocidades más dignas de canibales y de antropófagos que de sectarios de un Dios elemente y misericordioso. «Los ministros de un Dios de misericordia han cubierto en su nombre la faz de la tierra de carnicería y de horrores durante siglos enteros; extensos reinos fueron sus altares; los reyes y los pueblos, los encargados de degollar en su nombre las víctimas.» ¿Habrá necesidad de recordar las cruzadas, esas guerras extravagantes, las guerras religiosas y las hogueras de la inquisicion? (2).

¿Por qué tan espantosas persecuciones? Porque el cristianismo es enemigo de todo libre pensamiento, enemigo de la razon. Los incrédulos, que ven en todas partes la mano del sacerdote, lo atribuyen á la ambicion sacerdotal: «De todos los caminos que ha seguido el sacerdocio para mantener á los pueblos bajo el yugo, no le hubo más eficaz que la ignorancia, el desprecio de la razon, y ese vergonzoso embrutecimiento en que trató siempre de sumirlos y retenerlos. Si alguna vez estuvieron acordes en algo los ministros de Dios, fué en el proyecto de volver ciegos á aquellos á quienes quisieron guiar. El primero de sus principios fué denostar á la razon, prohibir su empleo y someterla á su propia

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 13.

(2) *Historia de la supersticion*, t. II, p. 93, 158, 162.

autoridad. El sacerdocio necesita esclavos que no vean más que por sus ojos» (1).

El cristianismo, dígame hoy lo que se quiera, no es más amigo de la libertad política que de la libertad de pensar. Para sostener que es favorable á la libertad es preciso desmentir la doctrina cristiana. ¿No es la Iglesia quien ha inventado el derecho divino de los reyes? Y al poner á los tiranos bajo la protección del cielo, ¿no ha santificado sus usurpaciones? ¿Hay una máxima más á propósito para corromper á los príncipes y para destruir á los pueblos que la que persuade á unos y á otros que los reyes *no son responsables de su conducta más que ante Dios*? Tal es, sin embargo, la doctrina enseñada por los Padres de la Iglesia y por Bossuét: «Diciedo á los soberanos que no tienen más juez que la Divinidad, se han destruido evidentemente todos los diques que podían contenerlos. Arrastrados entónces por las malas inclinaciones que todo conspira á infundirles, no se ven ya contrariados ni por los juicios de los hombres ni por el poder de las leyes» (2).

De aquí la degradante doctrina de la obediencia pasiva, que reduce á los hombres al estado de animales: «El cristianismo, exclama d'Holbach, se precia de haber traído á los hombres una felicidad no conocida de los siglos precedentes. Verdad es que los Griegos no han conocido los derechos divinos de los tiranos. En tiempos del paganismo á nadie le cabía en la cabeza que el cielo llevase á mal el que una nación se defendiera contra una fiera que la asolase. La religion cristiana estableció el principio de que los pueblos debían renunciar á su legítima defensa. De modo que las naciones cristianas desconocen la primera ley de la naturaleza, que quiere que el hombre resista al mal y desarme al que pretenda destruirlo.» Se pretende, y Montesquieu se ha hecho el órgano de esta lisonja, que la religion es el único freno de los príncipes. «¿Cómo ha de servir de freno á las pasiones de los reyes, cuando por sus principios mismos les deja rienda suelta? Los transforma en divinidades, á cuyos caprichos no deben resistir las naciones» (3).

(1) *Historia de la superstición*, t. II, p. 94.

(2) *Sistema social*, 1.<sup>a</sup> parte, c. III; 2.<sup>a</sup> parte, c. VI.

(3) *El Buen sentido*, §§ 146, 143, p. 201 y 196.

¿Y se habla de freno! «¿Vemos que ese freno imaginario sea capaz de contener pasiones que todo conspira á sembrar en sus corazones, fomentarlas y robustecerlas? Con poco que consultemos la historia, encontraremos soberanos ortodoxos, celosos y religiosos hasta el escrúpulo, y al mismo tiempo perjuros, usurpadores, adúlteros, ladrones, asesinos, hombres, en fin, que obran como si no temiesen á ese Dios, á quien honran de palabra. No es en el cielo, sino en la tierra, donde han de buscarse los diques que puedan oponerse con resultado á las inclinaciones impetuosas de los señores del mundo. Las leyes, una buena constitución, éstos son los verdaderos medios de impedir que los reyes se conviertan en tiranos» (1).

¿Cómo ha podido ver Montesquieu en la religion una garantía contra los excesos del poder arbitrario? ¿No existe en todas partes un pacto entre los reyes y los sacerdotes? Estos dicen al tirano: «Cometé todos los crímenes que quieras y nosotros los expiarémos; tiraniza á los demas, pero procura ser devoto de nosotros. El cielo te entrega esos pueblos, con tal que tú respetes los derechos sagrados de sus ministros. Obedécenos á nosotros, y te harémos obedecer como si fuésemos dioses» (2). ¡A esto se llama declamación, calumnia! Si la forma es declamatoria, desgraciadamente el fondo es demasiado verdadero. ¿Quién ha sido más devoto, más religioso en el sentido católico que Luis XI, Carlos V, Felipe II, María la Sanguinaria, Luis XIV y Jacobo II? «Yo creo, añade d'Holbach, que no pueden temer las naciones mayor azote que un déspota ignorante y supersticioso» (3). El libre pensador tiene razón; la tiene también cuando dice que los hombres deben á la religion el espantoso despotismo que reinaba todavía en toda la tierra en el siglo XVIII. Es positivo, por lo ménos, que el catolicismo era en todas partes aliado del trono, y que uno de los grandes crímenes que los defensores de la Iglesia imputaban á los filósofos era que destruían la monarquía por sus principios de libertad. ¡Aquella monarquía, tan cara al clero, era la de Luis XIV! La acusación se

(1) *Sistema social*, 2.<sup>a</sup> parte, c. IX.—*El Cristianismo desenmascarado*, p. 6.—*El Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 306, nota.

(2) *Sistema social*, 2.<sup>a</sup> parte, c. X.

(3) *Historia de la superstición*, t. I, p. 124.

ha vuelto contra los acusadores, y se ha convertido en título de gloria para los acusados.

Los incrédulos tienen otro motivo más de queja contra el catolicismo. Se los acusa de ser enemigos del trono. ¿Quién ha inventado, pues, la máxima de que *se debe obedecer á Dios antes que á los hombres*? Y ¿quién ha hecho creer á los pueblos que el obedecer á los sacerdotes es obedecer á Dios? Esta sola máxima bastaría para hacer al cristianismo tradicional incompatible con la soberanía civil: «Un cristiano, dice d'Holbach, no puede obedecer á los jefes de la sociedad, sino cuando las órdenes de éstos estén conformes con las voluntades arbitrarias y muchas veces insensatas de su Dios. Pero ¿quién decidirá si las órdenes de los soberanos están conformes con las voluntades de este Dios? Los ministros de la Divinidad, intérpretes de los oráculos, confidentes de sus secretos. De suerte que en un Estado cristiano los súbditos deben estar más sometidos á los sacerdotes que á los soberanos. Mas aún: si el soberano ofende al Señor, es decir, si no se somete á sus sacerdotes, su corona y hasta su vida peligran. Cien veces el fanatismo ha puesto las armas en las manos de los súbditos contra su príncipe legítimo. Los sacerdotes fueron siempre los árbitros de la suerte de los reyes: poco les importa trastornarlo todo, con tal que la religion sea respetada y que su autoridad se conserve intacta» (1).

Ahora ya sabemos por qué rechazaron el cristianismo los incrédulos. Querían emancipar el espíritu humano y reivindicar para él la libertad de pensar. ¿Qué obstáculo encontraban en su camino? ¿Quién se obstinaba en tener aherrojada á la razon? La Iglesia. Era necesario, pues, combatir á la Iglesia para conquistar la más legítima de las libertades, la libertad que la razon ha recibido de Dios. Los incrédulos querían además poner fin al vergonzoso régimen de la monarquía absoluta. ¿Quién tomó la defensa del poder arbitrario, cuando este poder se hallaba en manos de un Luis XV? La Iglesia. Para dar la libertad al mundo era preciso, pues, arruinar á la Iglesia. Los incrédulos querían que el Estado fuese independiente y soberano, porque, segun ellos, la soberanía

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 123-130.

pertenece á las naciones, y esta soberanía debe ser entera, indivisible. ¿Quién enseñaba que la Iglesia tiene un poder directo ó indirecto sobre el Estado? ¿Quién pretendía convertir la autoridad civil en un instrumento de la ambicion eclesiástica? Las gentes de iglesia. Para emancipar al Estado era necesario destruir la Iglesia, así como tambien para dar la libertad á los pueblos y á los individuos. ¿Quién estaba en lo cierto, los incrédulos ó la Iglesia? Los principios defendidos por los incrédulos, por los ateos, son hoy consagrados por nuestras constituciones, al paso que la Iglesia se ve reducida á renegar de su pasado.

N.º 2.—*La moral religiosa y la moral de los libres pensadores.*

I.

Los incrédulos, los ateos del siglo pasado no quieren religion; pero ¿qué entienden por religion? Para ellos la religion se confunde con la revelacion sobrenatural. Escuchemos al ateo de los ateos, al baron d'Holbach: «Toda religion supone no solamente relaciones entre Dios y los hombres, sino tambien alguna manifestacion de la Divinidad, una revelacion. Hay revelaciones hechas á diversos pueblos de la tierra. ¿Cuál es la verdadera? ¿La que da idea más clara de la Divinidad? Todas se proponen ahogar la razon, prohibir el exámen, presentarnos misterios; todas nos ofrecen un Dios incomprensible, oráculos ininteligibles, leyes opuestas á las luces del buen sentido; todas nos reducen á la autoridad de los hombres.» D'Holbach deduce de aquí que no hay sobre la tierra verdadera religion, que los hombres no tienen más que supersticiones (1). Si se identifica la religion con la revelacion, la consecuencia de los ateos es innegable, y no queda más que admirar la ceguedad de los ortodoxos que siguen sosteniendo que fuera de la religion cristiana no hay más que error y condenacion, sin considerar que de esta manera llevan la humanidad al ateismo. Pero, si la religion es ante todo la regla de nuestros deberes, en-

(1) *Historia de la supersticion*, t. I, p. 28.